

ENCRUCIJADAS EXTERIORES

I.

Desde que España ayudó a las XIII Colonias a emanciparse, aquéllas no cesaron de hostilizarnos—singular expresión de gratitud—con invasión y todo en las dos Floridas. En la fase descarada de 1898, la táctica diplomática yanqui experimentó con éxito el sistema del diktat: o se aguantan o iremos hasta Canarias (aunque otros parientes se les hubieran anticipado). Después a tonía no muy cordial—recuérdese, por ejemplo, el incidente de la Telefónica—, y tras una fugaz intervención en la guerra española de 1936-39, más cubierta de polvo que de sangre, equívocos adormecientes en 1942 y dura hostilidad de 1944 a 1953. En ese año firmaron los famosos acuerdos de 26 de septiembre, comunes dentro de la red de los concertados por el Tío Sam. Para nosotros fueron un éxito o, más exactamente, un clavo ardiendo, insoslayable, que rompía un bloqueo. El «New York Times» los calificó de píldora amarga. Si ahora sólo se prorrogan, la píldora amarga será para nosotros. Amarga o como sea, porque no sabemos a qué sabe la vergüenza. En la práctica hubo discreta ayuda económica y modesta ayuda militar, ambas útiles. Por nuestro lado hubo una locación de espacio, una asunción de riesgos atómicos, y lo peor—a medida que el más fuerte era más unilateral—una dejación de usos y abusos no pactados, como el dado a Rota. Huelga añadir que comercialmente el Tío Sam se resarcía de la parte no reembolsable de su ayuda, y que el influjo yanqui creció hasta crear el poderoso grupo pro-yanqui. Cosa no excepcional en la Europa Occidental, aunque en ella con lógica: porque la componen liberados y ex-vencidos, pero todos ayudados. ¡Qué hay que ver cómo tratan a sus benefactores! Al contrario que aquí, y así nos va el común trato. Llegó 1968. La táctica yanqui fue sencilla: dejar pasar el tiempo y, en el último momento, for-

zar—¿por qué?—una prórroga, prometiendo novedades de valor, si se hubieran cumplido. No saltamos de alegría ni lloramos. Llega 1969 y se repite la maniobra: no podemos quejarnos de engaño. Además, el presidente Nixon—el ídolo de nuestros trogloditas—lo ha dicho clarísimo: su país tiene «lleno el plato» de los compromisos y no adoptará ninguno (¿tampoco en el caso de Israel?). Se estudiará (¿cuándo?) el problema de las bases. Y en todo caso, «se protegerán las instalaciones y su personal». ¿Incluso expirado el año de plazo para desmantelarlas, en la—por desgracia—dudosa hipótesis, de que no haya prórroga? Una por una se desvanecen las modestísimas aspiraciones españolas: 1) nada de anticolonialismo en Gibraltar: la higiene manual es sana desde Poncio Pilato, y Gibraltar y Rota, dos versiones gemelas. 2) Nada de levantar restricciones económicas y de ayudas proporcionales a las dadas a los demás. 3) Nada fijo sobre armamento moderno a nuestra Defensa. 4) Nada claro sobre el cese de la «jurisdicción capitular». 5) Ninguna garantía recíproca con los riesgos. Un chiste cuenta que un cohete ruso cayó en Torrejón. Funcionó un «teléfono rojo»: ¿Es verdad que...? «Sí: perdonen, ha sido un error técnico». «Pues procuren que no se repita en suelo americano, ya que esta vez los 3.000.000 de desaparecidos son spaniards». Y a propósitos de no compromisos: Nixon telegrafió a Tito (cuando festejaba el L aniversario de la Liga de Comunistas), prometiéndole su visita para verle si había tiempo y la ayuda si su Yugo-Eslavia era agredida. Al fin y al cabo era un país comunista. Cuando el español, huérfano de información—salvo los «bulos» y la aviesa extranjera—peregrina buscándola, los diplomáticos dicen que ellos no suspiran por un acuerdo a cualquier precio. Los militares responden con dignidad, lo mismo. Y los economistas arguyen por el estilo. Entonces, ¿quién mendiga la inmovilización detrás de los humores cambiantes—dentro de su despego—del Tío Sam? España cuenta con miles de buenos amigos en EE. UU., país de honradez más privada que pública (pensando en nuestra experiencia). Pero sin influencia. El «New York Times» o el «Washington Post» pueden en un minuto más que en un año todos esos amigos a los que prestamos cuadros para sus exposiciones y admitimos «Polaris» para nuestras exposiciones. En fin: como pueblo de honor, cumpliremos lo que pacten nuestros representantes. Mas el sabor de la pildora no será dulce y no parece que vaya a ser olvidado en el paladar nacional. Un referendun lo diría.

II

En 1968 no se llegó a un acuerdo: se acordó seguir negociando, pero en términos de Derecho internacional había un preaviso de desahucio, que se iniciaría en marzo de 1969. Lo mismo que antes, los yanquis prepararon su postura—expedita y totalmente unilateral—en dos vías paralelas: la del escándalo y la de dejar pasar el tiempo, esperando una capitulación diplomática española en las últimas horas. En cuanto al escándalo, tenemos a la vista una colección de publicaciones yanquis; todas orquestadas¹. Cualquiera diría que los yanquis, poniéndonos en primera línea de bombardeo atómico, han hecho un mal negocio (les hemos comprado 185 millones de dólares en armas, contra un suministro de 100) o que mendigamos su onerosa permanencia. Y no es cierto. El hombre de la calle, al que no brindan explicaciones, sobre lo que es en detalles delicado y secreto, pero a la vez digno de que en conjunto se le aclare por que le concierne, no comprendió bien los rápidos vuelos de nuestros técnicos para conocer XIII largos documentos. Pero comprendió menos

¹ *New York Times*: 11 agosto 1968: España pide mil millones de dólares por unas bases desvalorizadas. EE. UU. ofrece "estudiar" un acuerdo sin compromisos. *International Herald Tribune*: 14 agosto: España nos necesita, no nosotros a ella. *Washington Daily News*: 24 septiembre: negociación comercial sin aventuras exteriores, pero con mayor jurisdicción española sobre los soldados fuera de las bases. *The Nation*: 30 septiembre: el "precio" español es una forma de extorsión. España vive entre graves problemas interiores, *The Philadelphia Inquirer*: 11 diciembre: las bases interesan más a España, que está más cerca de los rusos. *Washington Post*: 25 febrero 1968: España pedía 700 millones en armas nuevas y EE. UU. ofrecían 140. El general Burchinal firmó una minuta con los españoles, reconociendo una posible amenaza desde el Norte de África. El Departamento de Estado le corrigió y suprimió la frase de que se obligaban a defenderla a España (parte de Europa). John Leddy se opone a dar pie a los antifranquistas de que defiendan la dictadura. *New York Times*: 26 febrero: varios políticos protestaron—Lymington en cabeza—de la dirección militar de las negociaciones, que interesan a Madrid y no a Washington. *The Nation*: 3 marzo: las bases mantienen la dictadura. *The Christian Science Monitor*: 7 marzo: España puede convertirse en un compromiso del que hay que zafarse. *New York Times*: 12 marzo: si siguen las bases serán un foco antiamericano para estudiantes y obreros. *The Nation*: 17 marzo: Burchinal y los acuerdos ayudarían a la dictadura. *Washington Post* (igual día): las bases valen poco y los dólares ayudarían a Franco. *New York Times*: 24 marzo: no habrá otro compromiso que defender las bases y su personal. *Washington Post*: 25 marzo: las bases se hicieron bajo una política anticuada; interesan más a Madrid, que ha bajado su petición de 700 a 300 millones: EE. UU. ofrecen 140.

el galimatías gramatical del comunicado conjunto de 26 de marzo, que se reproduce en los textos. Se habla de una «conformidad de principio sobre la naturaleza de los acuerdos que regirán el nuevo período quinquenal del Convenio defensivo». Pero luego se supedita a que la común apreciación de que se estima deseable, lo sea «siempre que se llegue a buen término en la negociación» que se confía, se pueda celebrar próximamente. O sea, que contra la «inocente» interpretación de la Prensa yanqui—la enemiga de los acuerdos—de que se ha concertado la prórroga, no se ha concertado nada, y está corriendo el plazo de desalojo del año, pactado en 1953-63. Los yanquis quieren las bases a precio de arbitrariedad unilateral: ninguna obligación recíproca de defensa—riesgos para España, provechos para ellos—sin ninguna concesión a España—ni en modernización de material, ni en cese de discriminaciones financieras, ni en paliar su apoyo al colonialismo en Gibraltar— pero con privilegios coloniales y capitulares, como ya no tienen en lo que les queda del Vietnam. Francamente: un «negocio» así no nos interesa a los españoles. El ministro español, Castiella, al volver de América, dijo que nuestro país no tiene inclinación satelitista. Estamos de acuerdo y nos tranquilizarán los hechos que lo confirmen. Sería una pena que una diplomacia tan ágil de 1953 a 1963 quedara ahora agarrotada, aceptando la idea yanqui de la «seguridad» (?). Porque el Tío Sam nunca nos ha garantizado nada decisivo. La historia, que alguna vez no lejana se escribirá, escandalizará a los españoles cuando conozcan los continuos ataques de la «libre opinión» difundida por parlamentarios y periodistas yanquis, y las peores maniobras de ciertas gentes al servicio oficial del Estado yanqui, en España. Pero todo tiene su ajuste, y el Tío Sam ya ha visto en Vietnam que no todo es problema de dólares ni de bombardeos.

Y un ruego minúsculo y final: si en casa se tolera mal cualquier expresión que hiere a alguna pequeña jerarquía, ¿por qué toleramos mansamente las groseras injurias a nuestro Jefe de Estado difundidas en la Prensa yanqui? Tenemos ante nuestros ojos el cartoon de Hertblock, en «Washington Post», del 18 de marzo, y sentimos bochorno de que no haya tenido el menor eco de repulsa. ¿Es que hay que ser comunista, antropófago o del Vietcong para merecer el elemental respeto de quienes presumen de líderes del «Mundo Libre»?

III

Quien sabe poco de economía, poco puede escribir sobre el dogal que al Mercado Común aprieta sobre la economía española. Escribimos en presente: Marruecos, Argelia y Túnez pasaron el problema. Israel lo pasará. Nosotros... escucharemos farragosas y arrogantes pláticas de los expertos que, en vez de excusar humildemente su impotencia, se dirigen a sus compatriotas como si el vicio de nuestro país fuera la estupidez en lugar de la malicia. Lo que no comprendemos, por muchos economistas y muchos grupos de presión—interior—que lo expliquen, es que no pueda responderse a quienes tienen fabulosos superavits comerciales con nosotros, agravados invisiblemente con royalties, rendimiento de inversiones, seguros y fletes. Y que sólo se nos hable del turismo: lo buscan por baratura, o sea, por negocio. Aparte de que bastante hace el turismo, para jugar a su quiniela, nuestra estabilidad comercial. Comprendemos que no es fácil, ni rápido, desviar añejas corrientes comerciales. Que Iberoamérica tiene poca capacidad como mercado—y no está «virgen»—y que el Este es inseguro. Pero como los barones feudales de Bruselas—esos «liberales» del arruinamiento del prójimo subdesarrollado—comprenden menos y van de prisa, de prisa se les ha de contestar, a sabiendas de que no habrá—ni con distracción ni con réplica—solución satisfactoria. Y ya verán nuestros sabios lo que pasa el día en que Inglaterra y sus acólitos de la E. F. T. A. entren en el Mercado Común, lo que, más o menos tarde, sucederá. Menos mal que el perjuicio no irá sólo a los Juanes españoles populares, sino a los poderosos amos de la economía nacional, y éstos sí que pondrán el grito en muchos sitios. La cartera quizá la hayan puesto, no pocos, en variados lugares.

IV

Mientras la Prensa española dedicaba a Guinea Ecuatorial menos atención que a Palestina o a Anguilla, los españoles adquirían noticias, ya por la tendenciosa vía extranjera («lo sucedido ha sido un 18 de julio al revés», escribió venenosamente la Prensa inglesa que protege a Gibraltar en Cestona o en Bata) o por la desgarrante referencia de los repatriados. España aceleró la independencia, para complacer a la O. N. U.; indujo a los insulares a aceptarla (pues preferían el «status» de Puerto Rico y se ha visto que con razón) y

facilitó el triunfo de Macías, singular personalidad psicológica, a costa de Ondó—el «bueno»—, y de Ndongó, el «difícil», pero inteligente. Cuatro meses de paz, muchas maniobras descubribles (salvo para los tontos) y el estallido con detalles de expolio, caos, vejación—para civiles, eclesiásticos y militares—, muerte o prisión de «conspiradores», más o menos efectivos, y dictadura respaldada con «tontons-macoutes», eso sí, bien armados. Viaje, digamos rápido, del embajador y envío de un encargado de negocios. Barcos de guerra, presentes y pacientes. Clamor popular. Calma oficial. Misión de la O. N. U. Promesas verbales y nuevas violencias. Nada de protección estilo Libreville—en tiempos de M'Ba—o Anguilla. Y muchos terceros países al acecho. Si el lector cree que el estilo del párrafo precedente es poco congruente literariamente, el autor traslada a los hechos la incongruencia. Y recuerda con pena el desinterés con que, en 1899, la España oficial—y una gran parte de la real—se olvidaron de las pérdidas Antillas y de las pérdidas Filipinas. ¿Seguimos siendo el pueblo de «la espantá», tan poco rentable internacionalmente? ¿Hay milagrosas soluciones guardadas en secreto? ¿O la arrogancia española se ejerce sólo en la casa que queda y no alcanza a la casa de ayer? Que Dios ilumine a españoles y guineanos, y disuada a los terceros al acecho; y que los españoles, confortabilizados, que no temen mucho al «juicio de la Historia», se preocupen algo más, del juicio de la generación, que está tomando la antorcha de la vida nacional, por relevo biológico. También había comodones en 1807, 1897 y 1935, fechas suficientes para una eficaz advertencia histórica. Los españoles en Guinea no eran ángeles, pero sí compatriotas que dejaron salud, sudor y dinero. Disculpen los lectores—repetimos como colofón—el tono pasional. No es mucho que un viejo español, que nunca figuró ni figurará y al que «le duele España» como a Unamuno, discrepe del tono almibarado de los comentarios habitualmente impresos. Incluso de los provenientes de los «terribles opositoristas»—no para abstenerse de las ventajas—, algunos de cuyos sectores, tuvo entusiastas animadores de Macías, cuyos «tontons-macoutes» no llegan a Europa.

Tras de las «seguridades» de Macías al delegado de la O. N. U., Tamayo, y a su sucesor, un inusitado telegrama exigió—y consiguió—la evacuación de los pocos guardias civiles que quedaban. El éxodo de españoles se aceleró. La selva volvió a su primitivismo, a un país mirado con admiración por sus vecinos un año antes. No lo decimos nosotros: lo dijo «Newsweek» (31 marzo), donde viene la foto de Ndongó, apaleado hasta la muerte—a esto se redujo el famoso «complot»—, como Ibongo y otros guineanos que tropezaron con la

ENCRUCIJADAS EXTERIORES

insania cruel del Petiot pamúe. Y el «New York Times», del 28 de marzo. Y «Combat», de 10 de marzo. Y el «Time», del 21. Macías pidió ayuda a todos: la O. N. U., Hispanoamérica, etc. Ayudas será difícil que las tenga tras conocer su conducta y lo que hay detrás de él. Padrinos dispuestos a reemplazar a España por otra colonización anónima, propagable y peor, sí puede tenerlos. Y esto nunca debiera dejarnos indiferentes. Porque el «certificado verbal de buena conducta» que nos expidió U Thant sirve menos que las condenas a Inglaterra para que descolonicé el Peñón. Y éstas...

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES.

ESTUDIOS

